

Dos fenómenos que nos toca vivir en este momento, el de la pandemia del nuevo coronavirus y las repercusiones del asesinato racista de George Floyd, tomaron la magnitud que tomaron por razones muy profundas, que nos remiten a un tiempo de larga duración que nos habita. Tanto la pandemia como el racismo nos remiten a la constitución del sistema mundo capitalista moderno colonial patriarcal, cuya fecha de nacimiento es 1492. Además, así como los pueblos indígenas nos recordaron en 1992, cuando todos los jefes de estado del mundo se reunían en Río de Janeiro en la CNUMAD. Allí, los pueblos indígenas nos alertaron que para entender el colapso ambiental que nos convocaba a todos en Río de Janeiro, deberíamos de tomar en cuenta un tiempo de larga duración: 1492-1992. Y, así, nos invitaban a una reflexión que la imposición de un patrón de poder y de saber colonial juntaba explotación del trabajo, devastación ambiental (ecocidio) y epistemicidio, toda vez que la colonización, en sí misma, implica la negación del otro, la negación de la diferencia, ya que nadie coloniza a quien es igual: la colonización implica que el ser colonizado sea visto como inferior. Como nos enseñara Franz Fanon, se instauraba así, el mundo del ser y del no-ser. La idea de raza, como diría Aníbal Quijano, estructura el sistema mundo capitalista moderno-colonial y patriarcal. Subráyese, estructura como verbo y no como un sustantivo tan caro al estructuralismo, para honrar al gran maestro peruano.

La pandemia del nuevo coronavirus expone la soberbia del hombre por un virus al poner en jaque la arrogancia del antropocentrismo que había expulsado a los dioses de la tierra hacia los cielos, al contrario de lo que dicen las matrices de racionalidades otras que no son occidentales, en las que los dioses habitan nuestro mismo mundano mundo. A la final, el mito moderno de dominación de la naturaleza, tal como lo formulara Francis Bacon, implicaba expulsar los dioses de la tierra, hacer de la tierra una cosa, puesto que poblada por dioses se hacía imposible su dominación. A fin de cuentas, ¿cómo dominar los dioses? La naturaleza así transformada en objeto, desacralizada, podría ser, finalmente, dominada. Así, se pasó de muchos antropomorfismos hacia un antropocentrismo. Y no un antropocentrismo cualquiera. Dominar la naturaleza no es para los hombres en general, sino para el hombre varón, masculino, porque además, Bacon fue explícito al hablar de la masculinidad del conocimiento que habría de necesitarse para dominar la naturaleza. Así, la mitad de la especie humana, las mujeres, estaban fuera del antropocentrismo. De este modo, nacía una ciencia de la dominación, patriarcal. Este hombre que habría de dominar la naturaleza no era un hombre negro, o indígena, piel roja o amarillo asiático. Era un hombre blanco europeo y, así, el antropocentrismo es racista, así como la ciencia nace sin la contribución del conocimiento de otros colores, de otros mundos. Epistemicidio.

Y este antropocentrismo no sólo es varón y blanco, sino también del hombre propietario privado, toda vez que la propiedad privada priva a quien no es propietario de las condiciones metabólicas de producción/reproducción de la vida. Este hombre varón, blanco y propietario es el burgués que transforma la riqueza en un equivalente general abstracto, el dinero, que pasa a mover el mundo. Así, la eficacia de la tecnociencia que Francis Bacon ya previera en pleno siglo XVI, debía mediar la dominación de la naturaleza para transformar riquezas cualitativas, esas que disfrutamos y que es el meollo del concepto de riqueza, en una cifra, un cifrado. De esta manera, la dominación de la naturaleza, este mito fundante de la modernidad colonial capitalista, se ve

¹ Traducción del lingüista-antropólogo peruano José Quintero Weyr.

sometida a lo ilimitado. Robert Triffin, el economista liberal, habría de decir que la economía no tiene nada que decir sobre la riqueza, toda vez que su concepto fundamental es su contrario: la escases. A la final, lo que abunda no se vende. La escases es la condición de la mercantilización generalizada y no sólo por sus fundamentos epistémicos, sino por la propiedad privada, que al privar crea la escases por todos lados, y somete a los dominados, esto es, la naturaleza y todos aquellos que a ella son asimilados, y que serán dominados no sólo por razones históricas y políticas, sino por naturaleza: la mujer, el negro, el índio, el que trabaja con las manos frente a aquél que trabaja con la mente, el trabajo físico debe someterse, naturalmente, al trabajo intelectual, el cuerpo a la mente, lo sensible a lo racional.

El colapso ambiental que hoy vivenciamos, y que la actual pandemia explicita, es la expresión no sólo el fracaso de nuestro conocimiento científico fundado en el antropocentrismo varón, blanco y burgués que mercantiliza todo, sino que el éxito de esa dominación que se vuelca contra el dominador que nunca fuera apartado de la naturaleza como el coronavirus alerta.

Así, no estamos simplemente frente a una crisis de paradigma, aunque lo sea de cierta forma. Los paradigmas, sabemos, no caen de los cielos. Como nos enseñara Cornelius Castoriadis, los paradigmas son instituidos por grupos/clases sociales a través de procesos instituyentes y si los paradigmas están en crisis es porque están en crisis los grupos/clases sociales que los instituyeron.

Es esto lo que nos está diciendo el virus y todos los grupos sociales que se sensibilizaron con el asesinato racista de George Floyd. Y todos y todas que fueron asimilados a la naturaleza y callados y calladas y que, ahora, gritan. Y el dolor, sabemos, es la primera condición para la cura. Por eso, gritan y no se dejan sofocar. Ese fue el grito de George Floyd y, por eso, caló hondo en todo el mundo. Murió recordando que ¡Ya basta! Que no nos dejemos sofocar reinventándonos, movilizándonos.

Las diversas iniciativas de barreras sanitarias de autoprotección de pescadores, de indígenas, de habitantes de las periferias urbanas, señalan que es en los territorios que habremos de reapropiarnos de las condiciones metabólicas de reproducción de la vida. Y que en cada territorio reinventemos el mundo como en este momento rompemos el aislamiento social, aunque respetando el virus que nos acecha. Se trata de una transición de larga duración, pero como dice el proverbio chino: “toda larga caminata comienza con el primer paso”.

ⁱ Profesor del Departamento de Geografía de la Universidad Federal Fluminense, Brasil. Premio Casa de las Américas, 2008, em Literatura Brasileira.